



Cuando entré en el bar, Mónica me hizo un gesto con la mano desde el fondo del local. Había dejado pasar varias semanas antes de atreverme a marcar el número que ella había anotado en el papel blanco de la frutería. Apenas recordaba cómo había llegado a mi cartera. El día completo era una nebulosa en mi cabeza y solo el tiempo me iría devolviendo algunas piezas difíciles de unir, a modo de restos de un naufragio. Ni siquiera hoy recuerdo exactamente qué sucedió. Pero el solo hecho de que aquel pequeño papel no se hubiera perdido me animó a llamarla. Habíamos quedado a las seis y tuve que atravesar el local, abarrotado a aquella hora, hasta llegar a donde ella me esperaba sentada. Conforme me iba acercando empecé a dudar si se notaría algo. De pronto me pareció que había demasiada gente, que habría sido mejor ir a un lugar más tranquilo. Apenas había salido desde mi vuelta a casa y me sentía insegura, observada. Pero ¿el juicio de quién temía? Mónica era amiga. No tenía nada de lo que asustarme.

«Deja de boicotearme.»

Antes de bordear la última de las mesas y sentarme frente a ella conseguí meter en el mismo cajón pastillas, psiquiatra, hospital y todo lo demás. Mónica no era alguien frente a quien debiera estar en guardia. Nos conocíamos desde los años de facultad y me alegraba verla después de tanto tiempo. Pese a no haber tenido contacto durante varios años parecía que no había pasado tanto tiempo. Solo nuestros cuerpos

habían cambiado, aunque ella conservaba la misma mirada alegre de siempre.

Tendría que esperar bastante en la conversación para preguntarle por Juan, mostrando la dosis justa de indiferencia e interés que era tan obvio que trataba de disimular, ese equilibrio difícil que se manifestaba en todo lo que le concernía, aun después de que hubiera pasado tanto tiempo desde que nos habíamos conocido. Me enteré de que seguía viviendo en Guatemala y que había estado una temporada por aquí, después de un accidente de coche que habían tenido sus padres. Había conocido a Juan en una fiesta.

«Siempre queréis rebelaros, pero acabáis casándoos entre vosotros. Lo harás tú también, Isabel.»

Me reí aquella noche, fingiendo que no me ofendía ni creía que aquella frase tuviera algo que ver conmigo. Pero sí lo tenía, vaya si lo tenía. Lo odié un par de días hasta que volvimos a coincidir y acabamos acostándonos. Estuvimos apenas tres meses juntos. Juan viajó a Guatemala y yo no lo acompañé. No estaba preparada para cambiar mi vida y ni siquiera nos conocíamos lo suficiente. No me rebelé entonces ni lo hice más tarde. Como él había predicho, seguí el itinerario marcado.

Me di cuenta de que me estaba distraendo demasiado pensando absurdamente en él y volví a la mesa, al rostro resplandeciente de Mónica, que me preguntaba ahora por Julián. Yo no sabía cómo ni qué contarle, así que le dije la verdad.

«Me la está pegando con una alumna.»

Después le conté lo que había pasado hacía tan solo unos meses. Era la primera persona con quien me atreví a hablarlo.

«No puedes seguir con ese tío», dijo mirándome fijamente. «No puedes pasar por alto algo así, un matrimonio no da derecho a todo.»

Esa era la confirmación de algo que no me atrevía a pensar hasta sus últimas consecuencias: que estar en aquella casa y seguir con aquel matrimonio era un morir lento, que había quizás empezado ya con una unión que ninguno

habría reconocido como de conveniencia, aunque nos hubiera convenido a ambos. ¿Pero de dónde sacaría la fuerza para rebelarme yo ahora si no lo había hecho cuando debería?

«¿Se puede?», pregunta el niño asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

Su madre, tumbada en cama, levanta la vista y sonrío.

«Pasa.»

El niño entra en la habitación y se sienta a su lado. Isabel se incorpora y apoya la espalda en el cabecero de la cama. Extiende su mano y coloca un mechón de pelo del niño detrás de su oreja izquierda.

«Quería preguntarte una cosa.»

«Dime.»

«Tengo tu espantapájaros. ¿Es un amuleto?»

«¿Mi qué?»

«Tu espantapájaros.»

Pablo saca el muñeco del bolsillo de su pantalón y se lo acerca. Ella se echa a reír.

«¿De dónde lo has sacado?»

«De una caja. ¿Es un amuleto?»

«No, no es un amuleto. No sabía que aún lo conservaba.»

«A mí me ha dado suerte.»

«¿Ah sí?»

«Poco después de encontrarlo volviste a casa.»

«Mmmm. No sé si este muñeco feo tiene algo que ver en eso.»

«Yo creo que sí.»

«Bueno, puedes quedártelo. Quizás a ti te dé suerte. Los amuletos no dan suerte a todo el mundo.»

El niño sonrío mirando el muñeco. Levanta la vista.

«¿Podemos ver una peli?»

«Claro. ¿Cuál te apetece?»

«La del tranvía.»

«Pero ¿no te la sabes de memoria?», pregunta sonriendo.

El niño niega con la cabeza y también sonrío. Se acerca a ella y la abraza.

«Mamá... Te echaba de menos.»

«Yo también a ti, enano.»

«No quiero que nos separemos.»

«No nos vamos a separar.»

«¿Seguro?»

«Seguro.»

Vi a Mónica varias veces durante las siguientes semanas. Le conté lo del ingreso con temor, pero ella le quitó hierro al asunto. Me contó que el hermano pequeño de Carlos había tenido un problema con las pastillas y también había estado ingresado y que una compañera de la universidad había curado una depresión en un hospital. Mónica no se mostraba sorprendida por nada. Conocía a alguien a quien también le había pasado todo cuanto a mí me sorprendía, parecía espantoso o sencillamente vergonzoso.

150 «No sabría decirte por qué acabé en el hospital. Cada día lo recuerdo menos. No sé explicarlo. Solo sé que tuve mucho miedo, un miedo atroz a que pasara algo, algo verdaderamente horrible, llegué a pensar que mi vida y la de más gente corría peligro.»

Bajé la vista.

«Los detalles son lo de menos, el caso es que te encuentres bien ahora y que no vuelva a pasarte nada.»

«Me estoy medicando. En las últimas semanas, desde que estoy en casa, todo ha ido cambiando poco a poco, me siento menos insegura, aunque con él es difícil. Sigo teniendo miedo. Pero Pablo sigue planeando el verano y las cosas que veremos en París. Me da la vida solo mirarlo colocando chinchetas con estrellas de colores en un mapa para señalar los edificios que visitaremos. Tienes que venir a casa y así lo conoces. Es muy buen niño.»

«Claro que sí. Quiero conocerlo.»

Abrí el grifo y me quedé mirando mientras la bañera se llenaba de agua. Recordaba vagamente mi rutina del baño y la lectura, pero algo había dejado de funcionar. Apenas pasadas un par de páginas mi cabeza se despegaba de las letras y mi vista se perdía, ya en mis rodillas, ya en el vaho en el espejo del lavabo, en cualquier sitio cada vez más alejado del papel. Era incapaz de pensar en nada.

«No te fuerces», resonaba la voz del psiquiatra en mi cabeza.

Era yo. Yo había dejado de funcionar.

«Es cuestión de tiempo.»

Resultaba curioso cómo el tiempo era culpable y a la vez formaba parte de la solución a cualquier problema. Me convencí de que tendría que esperar.

En un mes Mónica iría a Alemania, me dijo la siguiente vez que nos vimos. Sería un trimestre gracias a su proyecto de investigación. La luz de la tarde no era muy fuerte. Estaba bastante nublado, aunque hacía calor. No había apenas tráfico ni mucha gente en el local a aquella hora. Parecía, entre todos, el momento más intrascendente y tranquilo de la tarde. Entonces lo dijo.

«Podéis quedaros en casa, me harías un favor. El piso se quedará vacío. Solo son tres meses, pero para empezar puede servir. Es un piso pequeño, aunque tiene dos habitaciones. Pablo tendría su espacio. Además, está lejos de tu barrio y así no coincidirías con él. No deberías estar sola, pero quizás a Rosa no le importe seguir contigo. Si no, en mi mismo portal hay una mujer de confianza, María del Mar, que puede pasar un rato por la tarde, limpiar y hacerte un poco de compañía. Es una mujer encantadora.»

Mientras ella daba un sorbo al café, yo empecé a llorar. No podía creer lo que estaba escuchando.

«¿Lo dices en serio?», pregunté cogiendo un pañuelo del bolso.

«Claro que lo digo en serio, Isa. Quizás es un poco pronto, no lo sé. Háblalo con el médico, si quieres. Pero no puedes seguir con alguien como Julián. No te recuperarás nunca junto a él. Tres meses es poco tiempo, lo sé, pero es más que suficiente para poder encontrar algo para los dos, un lugar en donde poder empezar de nuevo y volver a quererte.»

«En tres meses creo que podría encontrar un piso, sí. Tendría que ver a mi abogado y saber de cuánto dinero dispongo ahora mismo. Llevo mucho tiempo sin tratar con esos papeles. A la facultad no podré volver. Guillermo se ha incorporado y la plaza es suya. No tengo nada que hacer. No me veo siendo becaria otra vez, así que tendré que buscar algo», dije ya más tranquila.

«Preguntaré si alguien conoce algún sitio. Almudena tiene una galería y le va muy bien. Tiene contactos. No te he dicho, por cierto, que mi hermana vive a dos calles, así que no estarías sola. Si necesitaras cualquier cosa, me refiero, ella está muy cerca.»

«No sé qué decirte, Mónica.»

152 «Piénsalo. Podría ser un comienzo, una posibilidad. Creo que lo necesitas.»

«En realidad lo que vemos pasar son partículas de polvo cósmico, a veces son solo cometas.»

«Entonces, ¿las estrellas no se caen del cielo?»

«No exactamente. Es una forma de hablar. En verano se ven muchas estrellas fugaces. En la ciudad a simple vista, con la contaminación lumínica, es casi imposible, pero podríamos ir al planetario. Seguro que hay visitas guiadas.»

«Sí, vayamos, vayamos, porfa, porfa, porfa.»

«Hay que esperar al verano. En agosto iremos. Ahora tienes que dormir, que ya es tarde.»

El niño le da un beso en la mejilla.

«Te apago la luz. Descansa.»